

neras y los mucamos con sus patrones. Serviles con el que manda, son tiranos con los que están a sus órdenes, soberbios con los de la clase humilde y despóticas con los niños.

Ese es el material humano con que me tocó trabajar durante quince años, en pro de un ideal de cultura emancipadora y de la dignificación moral y material del maestro argentino.

No son las mías afirmaciones temerarias, dictadas por el desencanto.

Muchos son los ejemplos de vergonzosos servilismos que podría traer a colación, para demostrar que los peores enemigos del maestro son los maestros. En ningún gremio obrero se encontrarían actos carneriles y traiciones colectivas como las que me ha tocado presenciar hace cinco años en San Luis y hace dos en La Plata. Los maestros varones se pusieron del lado de los verdugos del gremio y las mujeres tuvieron que convertirse en los hombres de la causa, para salvar el honor de la profesión.

Yo me he cansado de cargar en cuenta de los políticos la corrupción y el envilecimiento de los maestros de escuela.

Pero no son ni los políticos corruptores, ni las autoridades dictatoriales ni los reglamentos faraónicos, los peores enemigos del maestro, sino el miedo (como dice Gabriela Mistral), el miedo y la venalidad, agrego yo, que los hace conducirse como sayones y filisteos. Todas las rebeldías del magisterio no fueron aquí, sino actos reflejos, más o menos inconscientes. No fué la acción colectiva, en ningún caso, la que contuvo los abusos de autoridad. Ya que se pretende historiar, documentémonos en la verdad de los hechos.

Bien saben, amigos y enemigos, que el protagonista principal de los sucesos más resonantes del magisterio metropolitano, he sido yo. Y he sido yo, por dos razones: porque en la hora de prueba he ocupado el primer puesto en la acción, demostrando que nadie tiene más segura la cabeza sobre sus hombros que el que se la juega todos los días y sólo la pierden los que tienen miedo de perderla. Y porque nunca luché por mí, sino por los otros, exagerando a veces mi incurado quiotismo del bien y la justicia.

Yo demostré prácticamente a mis colegas, después de ayudar a morir a dos consejos nacionales de educación, que no era cierto que el hilo se corta siempre por lo más delgado, sino que a veces se corta por lo más podrido. Y que si no hay todavía justicia para el magisterio, es por la despreciable cobardía colectiva del mismo.

Yo no vivo rememorando los hechos de mi vida pasada, porque mejor pertrechado intelectualmente que ayer, para la acción y la lucha, marché hacia la conquista del porvenir, desplegando sobre todos los sedientos de luz, libertad, y justicia, el estandarte de una cultura sin ídolos y sin dogmas.

No ha de ser, seguramente, entre esos inválidos del gremio donde reclutaremos los voluntarios de este ejército de corajones intrépidos. Ni ha de ser la poliquilla doméstica del magisterio, el escenario intelectual en que yo me mueva,

para influir eficazmente en los destinos culturales del país.

Cuando se haga el balance de los valores de la cultura argentina, es posible que no aparezca ninguno de los Pérez y Rodríguez cuyo único oficio en su vida de estéril alacranería, como el de las lavanderas, fué llevarle la cuenta de la ropa sucia al cliente de sus odios, pero es más que probable que no se pueda prescindir de mi nombre, porque, bueno o malo, soy una unidad intelectual dentro de la cultura progresiva de mi raza.

#### DETRACTORES DE MI CONDUCTA

Son muchos los maestros que se han dedicado estas vacaciones a despellejarme a su paladar. Entre los que fueron a veranear a Mar del Plata, circuló la noticia de que yo me había vendido el dictador de Chile.

Luego he sabido que los comunistas se han dedicado, también, a propalar esta burda especie, desde las columnas de "La Internacional".

Se explica el raquitismo político del partido comunista, por el raquitismo intelectual de los seminaristas rojos que lo capitanean. Se ve que la opinión pública les hace justicia. Las actitudes de estos temibles revolucionarios, acreditan mis palabras pronunciadas en la Convención.

Los comunistas rusos — dije — hicieron la Revolución Rusa, la más grande de las revoluciones; pero los comunistas de por acá, sólo han hecho el caos en la conciencia del proletariado. Y ahora agrego: son fascistas invertidos, que viven aplicándose el aceite de ricino entre ellos mismos, por cuya razón se han dividido en tres pequeñas sectas, como los monjes luteranos y calvinistas de la edad media.

La causa de los ataques que me endilgan estos politiquillos del bolcheviquismo, fué, sobre todo, mi réplica a los detractores del magisterio chileno, en cuya mala compañía sorprendí a Orestes Ghioldi, el cual en el pecado llevará la penitencia por haberse mezclado a los "negocios gremialistas" de ciertos vivillos del magisterio.

Los profesores chilenos — dije — no han hecho ningún pacto indecoroso con la dictadura, al aceptar la responsabilidad de dirigir la enseñanza. Los únicos que contrajeron públicamente, el compromiso de no molestar al gobierno, al precio de cuya claudicación han conseguido conservar sus bancas en el congreso, fueron los diputados y senadores comunistas. El señor Ghioldi fué el primero en reconocer esta verdad.

Pero continuemos con los roedores de mi reputación.

Entre los turistas que fueron a pasear sus personas por la vecina República de Chile, no faltaron los ex-amigos... o los ex-hombres, que se ocupasen en desprestigiarme. Pero como en aquel país he cosechado, con mis libros y mis acciones, las simpatías y los aplausos que se me regatean en el mío, estos exportadores del chismorreo y la intriga tuvieron que oír lo que no esperaban.

Un talentoso profesor y escritor chileno, con quien nos conocemos a través de nuestros libros, hubo de decirles a esos turistas: "Ustedes tienen un gran valor en la persona de mi amigo Julio R. Barcos. Es sensible que la mediocridad ambiente les impida apreciarlo".

Por último, en una revista rosarina que lleva el nombre de Sarmiento, se me ataca insidiosamente cada poco tiempo, no sé si por encargo o por cuenta propia, pues la verdad es que no conozco a su director, sino por el par de orejas largas que asoma en sus escritos.

Finalmente, otro ex-amigo, y que hasta ayer se complacía en hablar admirativamente de mi vida de lucha, se despacha ahora con toda la hiel que lo caracteriza, desde el periódico de una "Liga del Magisterio" (que no es sino una gavilla capitaneada por Rinconete y Cortadillo), con una ristra de cargos contra mi vida pública, de tal modo, que los hechos que antes ponderaba elogiosamente para mi persona, hoy se truecan en motivos de difamación.

Emulo del vil autor de "Anatole France en Zapatillas", este Judas de la amistad, pretende a su vez una limosna de celebridad, haciendo a través de su enconado espíritu, mi biografía.

Comprendo su intención: ha querido tener sus cinco minutos de notoriedad, deseoso de que yo le dé personería, tomando en cuenta sus ataques.

Voy a complacerlo, porque no puedo consentir que mi ex-ayuda de cámara haga mi retrato. Y porque considero útil, más bien dicho, profiláctico, desbaratar la pérdida campaña que con los dineros ajenos se están llevando a cabo dentro y fuera del país, no sólo contra mi persona, sino también, aviesamente, contra el prestigio y la autoridad moral de la Convención.

Cuando se manejan sin control las llaves de un Banco, se pueden imprimir y repartir gratis, muchos millares de hojas difamatorias, contra los hombres que están, moral e intelectualmente, a cien codos sobre sus difamadores.

Este caballero se ha ofendido porque en un comentario de la Convención, dije que "aquellos que cuidan la conducta ajena y descuidan la propia", fueron los únicos espíritus mezquinos que atacaron a los maestros chilenos, en dicho Congreso.

Eso mismo, con estas diferentes palabras: "una cosa es ser moralista y otra hombre moral", se lo dije en la asamblea a este censor.

En aquella oportunidad no reaccionó. No convenía pedir aclaraciones. Ahora demostraré la verdad de lo que dije, agravada por la inverecundia de este detractor de oficio, cuya misión ha sido en esta asamblea la de un centurión. Las dos únicas veces que habló, fué para arrogarse la ingrata función de desacreditar a alguien. De modo que si le hubiera faltado a quién difamar, no hubiera tenido papel en el Congreso. Una vez habló para pedir la expulsión de un delegado, y la otra, para arrojar sombras

a los únicos maestros que están en la pista cogiendo al toro por los cuernos: los profesores chilenos, forjadores de una reforma integral de la educación, que marcará rumbos a los demás pueblos de América.

#### LA LIGA DEL MAGISTERIO

Mi detractor me obliga a rememorar ciertos hechos sin mayor importancia, para destruir sus aseveraciones.

Tiene el desparpajo de afirmar que fui separado de la Liga del Magisterio. Con el mismo aplomo con que afirma que en la Convención hice la defensa de Mussolini e Ibañez, llevándose por delante el testimonio de toda la asamblea que presencié el debate y jamás pudo oír semejante cosa, lanza este otro grosero embuste, olvidando el testimonio de casi todo el magisterio metropolitano.

Refresquemos un poco la memoria de estos egregios historiadores.

A mi regreso de Estados Unidos no encontré sino restos naufragos de la Liga Nacional de Maestros que fué aquí un Quijote de la justicia.

Sólo encontré un grupo reducido de viejos amigos, que habían inventado la "Liga del Magisterio" con fines electorales hacia la conquista del Banco de la Pro Maestros. Mi atacante, en cuya amistad creía, me propuso que los acompañara y que una vez obtenido el triunfo, se trocaría el Banco en un instrumento económico en cargo de unificar el gremio en todo el país.

Acepté e invité al mejor y más recto de los hombres que había actuado conmigo en las luchas gremiales, Santiago Ponce. Ponce, que tenía ya calificados en su fuero interno a estos integérrimos gremialistas, quiso evitarme el chasco y no consiguiendo que yo desistiera de mi compromiso, resolvió acompañarme.

Pronto se mostraron al desnudo las almas. Fué a raíz de la victoria electoral, que contribuí a darles con el prestigio de mi nombre. Era la hora del reparto de los puestos.

Quedé pasmado al ver los apetitos exacerbados de estos "gremialistas insignes". Habíamos hablado al magisterio de la administración honrada de sus ahorros; y se proyectaba, de pronto, inflar el presupuesto de la Asociación con una burocracia desmedida.

Sébase que cualquier Banco de la categoría de éste: el Escolar Argentino, el Policial, que cuenta con igual número de socios, funcionan con cuatro, cinco o seis empleados. El de la Pro Maestros tiene más de setenta! Es un caso de parasitismo voraz y predatorio peor que el de la burocracia oficial.

Les dije entonces que bien merecía me colgaran un babero, por haber cometido la imbecilidad de creerles; y después de aplicarles la marca de fuego que merecían, me retiré decepcionado y adolorido.

En lugar de ofenderse fueron a buscarme a mi casa, prometiéndome que se organizaría, pública y legalmente, la Li-

ga, para mostrar la sinceridad de sus propósitos.

Pronto vi que era otra farsa la que intentaron representar, pues ninguno de ellos era partidario de una sociedad legalmente constituida, sino del *soviet*; así le llamaban ellos a la pandilla que usufructúa, tras el biombo pintado de la tal Liga, el Banco de la Sociedad Pro Maestros.

Llevaron la simulación hasta hacer la asamblea y aprobar los estatutos. Pero se sacaron la careta al exigirles que se efectuara legalmente la reorganización prometida. Entonces oyeron tronar la verdad en mis labios. Se cuidaron muy bien de hacerse los melindrosos; y cuando publiqué en "La Obra" mi renuncia, confesando el chasco que me había llevado con estos puritanos gremialistas, se guardaron de hacer ninguna clase de comentarios.

Esa es la autoridad moral de estos Carones del gremialismo.

Asegura el autor del brulote, que yo me opuse siempre a que se atacara al presidente Boero. Lo que no dice es que él sacó provecho de mi amistad con aquel funcionario, pues fué después de llevarlo un día a su despacho, donde supo conducirse con bastante obsecuencia (tenía un habla que afilar) y pedirle para él un puesto de Visitador, que este "inflexible moralista" consiguió dicho cargo, desempeñándolo hasta hace poco en La Pampa.

Me opuse, efectivamente, a que se atacara al hombre que más hizo por los maestros mientras estubo solo al frente del Consejo (más tarde lo perdió su debilidad de carácter). Y me opuse, no sólo porque era injusto atacarlo, sino por los inconfesables propósitos de quienes le eran hostiles, pues ellos obraban por cuenta de tercero, del señor Juan P. Ramos, contra el hombre que tenía en sus manos el hilo de la verdad sobre el asesinato de Antolin.

Otro hecho: mi reposición en el cargo de Visitador después de la caída del Consejo que me exonerara por mis artículos publicados en "Verdad".

El doctor Gondra, deseando curarse en salud, quiso confinarme en Tucumán.

Sin arrogancia y con firmeza, le dije que me planteaba otra vez el dilema del hambre o la humillación.

Elegiré, una vez más, el primero — le manifesté — pues tengo la carne dura para el sacrificio.

Es curioso — le agregué — que habiendo sido yo el que ha puesto la casa en orden y purificado su atmósfera con la venida de otros funcionarios más rectos que los anteriores, usted que me ha felicitado delante de mis camaradas por mi carácter, me aplique ahora el destierro. El asunto quedó en el aire.

Un día me presentó al despacho del doctor Gondra con el periódico de estos liguistas en la mano, donde se atacaba al Consejo por las contemplaciones que tenía conmigo. Esa fué toda la solidaridad gremial con el maestro que caía en-

vuelto en la bandera de sus principios.

Es necesario, señor, le dije, que usted resuelva mi situación: o me deja en mi puesto, o le presento mi renuncia, si es que su objeto es echarme a la calle. No quiero que usted me haga servir de blanco a la injuria de estos ladronzuelos, le dije, mostrándole el periódico.

"Bah" — me contestó — "no le haga caso a esos atorrantes". — Y tuvo palabras de encomio para mi persona.

No obstante eso, no es verdad que me quedara con el tirón de orejas que me daba este señor en el decreto de mi reposición. Por ahí anda un número de "Los Pensadores" donde le contesté aquella opinión suya sobre los "revolucionarios candorosos".

"Somos revolucionarios candorosos — le decía — los que luchamos quiotescamente por la dulcinea de un ideal, recogiendo para sí los sinsabores, mientras cosechan los demás el beneficio." "Somos revolucionarios candorosos, en efecto, sobre todo, frente a los revolucionarios "prácticos" del 90, que después de haberse alzado en armas contra los poderes constituidos de la nación, hoy están magníficamente rentados por el Estado."

En cuanto a la huelga del año 12 (contesto sin atenerme al orden cronológico) a que se refiere mi detractor, aquella dió la medida de lo que es la moral del magisterio. Novecientos maestros fueron a pedir demencia al Consejo, rectificándose de su conducta en un documento vil que éste les hiciera firmar. Quedamos afuera nos sesenta, que nos negamos a pasar por esa horca caudina.

Propuse, entonces, a quienes quisieran salir del país, que nos expatriásemos al Paraguay, que fuésemos a pagar la deuda que tenemos los argentinos con el pueblo hermano, masacrado por la Triple Alianza, enseñando y educando a cambio del pan y el techo.

Los hermanos Ponce que eran amigos del doctor Vicente Gallo, me invitaron para ir a verlo. Cuando le dijimos que estábamos preparándonos para emigrar al Paraguay y que desde allí les haría yo un regalo a los políticos de mi tierra, dedicándoles un libro que titularía "La República de los Canallas", el doctor Gallo nos pidió que interrumpiésemos nuestras gestiones hasta tanto hablara él con los miembros del Consejo.

Fué entonces cuando este cuerpo encontró el puente de plata y nos repuso en homenaje a la efeméride, que menciona mi detractor y que para él fué "perdón", y que para nosotros fué una victoria sin vencidos ni vencedores.

Fué la de aquella autoridad escolar, una farsa idéntica a la de Primo de Rivera, indultando a Giménez de Asúa y el doctor Marañón.

En aquella ocasión, tres señores que confunden petulancia con carácter, quisieron destacarse como los más altivos, puesto que en el aula ya se habían destacado como los más haraganes, y resolvieron seguir en huelga; y en huelga perpetua se hallan; y en huelga conti-